



Con Indira Gandhi

Victoria Ocampo y la traducción

Un asunto de suma importancia: la traducción

Ante todo me corresponde agradecerle al P.E.N. American Center su generosa autorización para publicar varios textos sobre los problemas de traducción publicados en *The World of Translation* (Copyright 1971, de PEN American Center). Los autores son Elsa Gress, B. J. Chute, Thomas Lask, Victor Alba, Clara Malraux, Frank MacShane, Jonh L. Mash, Robert Payne.

La actividad del PEN American Center, en materia de traducciones, es digna del mayor elogio. No nos hubiéramos enterado de estos textos en Sudamérica (salvo unos cuantos especialistas) sin este número de SUR que pone al alcance de todos tan valiosas colaboraciones.

La traducción se ha convertido, en nuestros días, en un asunto de suma importancia. Sin los traductores muchas cosas del mundo moderno cesarían de funcionar. Tomando como ejemplo una que a todos nos queda a mano: el cine.

Entiende usted el sueco, el japonés, el ruso, el chino, el francés, el italiano, el alemán o uno de los tantos idiomas de la India, etcétera? Seguramente que no. Yo entiendo el francés, el inglés, el italiano, y pare de contar. Cuando veo una obra de Bergman, o la magnífica versión rusa de *La guerra y la paz*, o *Alejandro Nevsky*, o algún film japonés o alemán, estaría perdida sin los subtítulos. Y los subtítulos no son siempre lo que está en boca de los protagonistas. Menos aún los títulos de los films: son a veces tan infieles que nos desconciertan. *Les 400 coups*, sin ir más lejos, fue

traducido literalmente por *Los cuatrocientos golpes*; no por *Las mil y una*, que era su verdadero sentido. En el film de Bergman, *Detrás de un vidrio oscuro*, no había tal vidrio. Se trataba de una cita de San Pablo (primera Epístola a los Corintios) "Como en espejo, oscuramente...". En España, se tituló *Como en espejo*. Estaban más al tanto del asunto y no confundieron el vidrio con el espejo. Estos son sólo dos ejemplos.

A veces estas citas, que los ingleses usan bastante como títulos para sus obras, pierden fuerza en la traducción y hay que buscarles la vuelta. El título de la novela de Aldous Huxley (publicada por SUR) *Eyeless in Gaza*, es la primera parte de un verso de Milton (*Samson Agonistes*):

Ask for that great deliverer now, and
find him
Eyeless in Gaza at the mill with slaves,
Himself in bonds under Philistian
yoke.

Después de pedirle su autorización al autor, reemplacé la primera parte del verso por la segunda que sonaba mejor en español y no alteraba el sentido: Con los esclavos en la noria. Claro que en esto, como en muchísimos otros detalles, hay que tomarse el trabajo de reflexionar (y el tiempo, de que seguramente no dispone un traductor mal remunerado).

En cuanto a traducciones de las obras maestras de la literatura universal (empecé a publicar una serie, que fue interrumpida cuando renuncié al cargo de directora del Fondo Nacional de las Artes), los daños son infinitamente más graves. Un amigo, escritor

francés de gran inteligencia y talento, me dijo que no podía soportar a Shakespeare. ¡Claro! No podía soportar las traducciones de Shakespeare. Y nunca sabrá lo que es Shakespeare si no es capaz de leerlo en inglés y si no tienen los franceses una buena traducción. Aseguran que la de Pasternak es excelente (pero rusa). Las traducciones de Baudelaire y de Alfonso Reyes pueden dar una idea casi perfecta del acento de Poe y Mallarmé. Pero estos casos (hay otros, desde luego), no son comunes y no hay probabilidades de que abunden, pues no existen muchos Baudelaire ni muchos Reyes. Y si un gran escritor no hace con amor una traducción, de nada le vale su maestría. Cae en la chambonada.

Señalemos como algo excepcional y digno de orgullo nacional la difícil traducción de *Moby Dick*, de Enrique Pezzoni, que fue elogiada en el *New York Times*.

En esto de las traducciones pasan también fenómenos inexplicables: cuando yo leí por primera vez a Tolstoy y Dostoievsky en francés, se decía que las traducciones eran malas (me lo han asegurado rusos, devotos lectores de ambos novelistas). A mí me produjeron una verdadera conmoción. Por lo visto no necesitaban de casi nada esos genios: atravesaban el muro opaco de las traducciones torpes.

Otro tanto me pasó con mi primera lectura del noruego Ibsen, más o menos en la época de mi adolescencia y de su muerte. El traductor de Ibsen (bueno o malo) era el conde de Prozor. Su hija, de mi edad, sentía la misma pasión por

el teatro que yo. Eramos amigas y estudiábamos juntas *Le passant*, de Francois Coppée. Pero nos gustaba *Hedda Gabler* y *Maison de poupée*. De acuerdo con mi experiencia, tampoco este autor necesitaba eximias traducciones para enloquecer a dos muchachas. Desde luego, Tolstoy y Dostoievsky eran novelistas. Ibsen dramaturgo. Las dificultades graves empiezan cuando se trata de un poeta. Las palabras tienen, en ese caso, una densidad que no se deja atravesar. Si no les encuentran equivalentes inspirados, todo se derrumba. Se trata de una recreación.

Creo que nosotros, argentinos, podemos jactarnos de traductores excelentes, algunos de primer orden. Lo que deseamos es que el número de buenos traductores, escrupulosos, aumente. Y proporcionarles medios de estudiar la materia. No todos llegarán a ser grandes, así como no todos los escritores somos genios.

Para elevar el nivel del traductor hacen falta dos cosas; que el traductor tome conciencia de la seriedad del trabajo y sepa que una buena traducción no se consigue sin preparación y esfuerzo; que el editor tome conciencia de su deber de remunerar esa tarea adecuadamente. El mejoramiento del *standard* del traductor depende pues tanto de él como del editor. Es un oficio (o profesión) que ha de tomarse en serio, y es un oficio (o profesión) que ha de pagarse como lo merece.

Sobre la importancia del traductor en nuestro tiempo, ya no se discute. Es evidente. Lo que aún no lo es tanto son las consecuencias de esta responsabilidad por un lado (la del traductor), y de una obligación por otro (la del editor). Ambas fases de esta cuestión se debaten hoy en organismos internacionales.

La UNESCO ha preparado un informe que someterá a los Estados Miembros, en Nairobi. Entre otras cosas dice:

- a) El traductor está obligado a hacer una traducción de alta calidad desde el punto de vista del estilo y del idioma.
- b) El traductor garantiza que la traducción será fiel al original en cuanto al contenido y a la forma de expresión.
- c) Si la calidad de la traducción no es satisfactoria, el editor está autorizado a rechazar el manuscrito de la

traducción o a confiar la revisión del texto a una persona elegida por él y a expensas del traductor.

Bulgaria opina que "los traductores desempeñan una función particularmente importante en la difusión de la cultura y que su protección debe ser objeto de particular atención".

En cuanto al Japón, declara: "Además de esta cláusula que incita a los Estados Miembros a que establezcan programas especiales de formación para los traductores, es preciso estipular, como requisito previo, que tanto los traductores como los que aspiran a llegar a serlo, deberán tratar, por su propia iniciativa y bajo su entera responsabilidad, de lograr una pericia lingüística y poseer unos conocimientos y una perspicacia especiales de las disciplinas de que tratan las obras que han de traducir".

Otra recomendación es la de acordar en todos los casos una remuneración equitativa al traductor, establecer procedimientos para verificar la calidad de las traducciones y facilitar la solución de las controversias que surjan al respecto; promover el establecimiento y el desarrollo de programas especializados para la formación de traductores.

Se sostiene, con razón, que "los Estados Miembros deberán reconocer, en principio, que la traducción es una disciplina independiente, que exige una formación distinta de la enseñanza del idioma propiamente dicho y que, por lo tanto, una formación especial se aconseja... así como la organización de seminarios y cursillos de trabajos prácticos relativos a la redacción de las traducciones".

Creo que todo está previsto en estas recomendaciones, incluso el plazo razonable que se le ha de dar al traductor para tal o cual trabajo. Y también que se ponga, en lo posible, a disposición de los traductores todos los documentos e informaciones que faciliten su tarea.

Desde luego, las traducciones deberían hacerse a partir de la obra original "recurriendo a la retraducción solamente en caso de que sea absolutamente necesario".

Este número de SUR desea poner en claro dos cuestiones:

- 1) la traducción es importante en sí y exige un traductor que conozca su

profesión a fondo;

- 2) la remuneración de este traductor tiene que estar a la altura de su trabajo, de su capacidad, y ha de considerárselo —si está dentro de cierta jerarquía artística— como un interés, que se asemeja al pianista o al cantante.

Me refiero a obras literarias de valor.

En el programa de la Unesco (1974) de traducciones de obras literarias leo: "El poeta griego Séferis ha sido traducido en inglés bajo los auspicios de la Unesco en 1960, tres años antes de que recibiera el premio Nobel. Ese mismo premio coronó al novelista japonés Kawabata, cuya novela *Tukiguni* figuró en 1956 entre las primeras traducciones publicadas por la Unesco de autores contemporáneos".

Creo que tiene algún interés, para hacer conocer las actividades de SUR, recordar que Kawabata fue publicado por nosotros en 1957. Y también que Gabriela Mistral, T. S. Eliot, André Gide, Albert Camus (se publicó *Calligula*, en SUR, el mismo año o al siguiente de su aparición, cuando nadie conocía a este escritor), St. John-Perse, Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, fueron publicados por la Revista o la Editorial SUR muchos años antes de recibir su distinción.

Cuando me desempeñaba como directora en el Fondo de las Artes, traté de sacar a flote una serie de traducciones de Obras Maestras de la Literatura Universal, buscando los mejores traductores y remunerándolos mejor que cualquiera de las grandes editoriales. Elevando, pues, su *standard*. El último libro, publicado el año del libro, fue *La Divina Comedia*, bilingüe; la traducción era de Battistessa y llevaba muchas notas. Esta iniciativa que yo consideraba utilísima para los estudiantes en particular e interesante para el público en general, no encontró la aprobación de quienes me sucedieron cuando renuncié a mi cargo en el Fondo. La serie de traducciones fue interrumpida como cosa ajena a la cultura argentina.

Por último, debo agradecer a Jaime Rest, que tuvo a su cargo la selección y traducción del material incluido en este número de SUR.

Palabras francesas

(Fragmento)

Hace mucho tiempo de esto. Yo leía a Ruskin con entusiasmo. Lo leía en inglés. Alguien me indicó una traducción francesa de *Sesame and Lilies*, y tuve la curiosidad de hojearla. Esa traducción llevaba un prefacio que me llamó la atención por su tema y por la manera como estaba tratado. El traductor —un desconocido llamado Marcel Proust— decía allí, a propósito de nuestras lecturas de infancia, cosas que yo hasta entonces había creído inexpresables, porque, si bien pertenecen al reino de la sensibilidad, sólo en el de la inteligencia encontramos un instrumento apto para captarlas, y durante esta delicada operación un peligro mortal las acecha: corremos el riesgo de "cambiarlas" al fijarlas, así como el alfiler que la atraviesa mata también a la mariposa.

Tuve en ese momento la impresión de que esos imponderables podían encontrar una balanza sensible a su peso.

"No hay, quizás, días de nuestra infancia que no hayamos vivido tan plenamente como aquellos que hemos creído dejar sin vivirlos, aquellos que hemos pasado con un libro preferido".

Esta frase, la primera del prefacio al libro de Ruskin, que fue también la primera frase de Proust leída por mí, me dutuvo súbitamente, como en la primavera un olor de flores a la vuelta de un camino. La respiré largamente, sin poder desprenderme de ella. Y hoy esa frase me vuelve, y a ella vuelvo para mis explicaciones presentes; es a Proust a quien pido auxilio y llamo en testimonio de mi verdad.

Lo que Proust cuenta a propósito de Francois le Champi y de todo lo que esa novela —leída en su infancia la noche en que su madre le reta tan fuerte y luego le perdona— evoca en él, es poco más o menos la historia que yo he de contar.

"Tal nombre leído antaño en un libro contiene entre sus sílabas el viento rápido y el sol brillante que hacía cuando lo leíamos".

Todos los libros de mi infancia y de mi adolescencia fueron franceses o ingleses; franceses en su mayoría. Aprendí el alfabeto en francés, en un hotel de la avenida Friedland. Desde entonces, el francés se me ha pegado en tal forma, que no he podido librarme de él. Mi institutriz era francesa. He sido castiga-

da en francés. He rezado en francés. (Había, incluso, inventado una oración, que agregaba con fervor a las demás: "Dios mío, haz que esta noche no vengan ladrones, que no sueñe malos sueños, que vivamos todos y vivamos en buena salud, amén". Este *post-scriptum* dirigido a Dios fue mi primera carta.)

He comenzado a leer en francés: *Peau d'ane*, *Les malheurs de Sophie*, *Les aventures du Capitaine Hatteras*... Es decir que comencé a llorar y a reír en francés. Leía insaciablemente. Las hadas, los enanos, los ogros hablaron para mí en francés. Los exploradores recorrerían un universo que tenía nombres franceses. Y, más tarde, franceses fueron los versos y las novelas en que por primera vez veía palabras de amor. En fin, todas las palabras que contienen "el viento rápido y el sol brillante que hacía cuando los leíamos", fueron para mí palabras francesas.

¿Cómo separarme de ellas sin separarme de esta infancia? ¿Cómo separarme de mi infancia sin cortar toda comunicación con la esencia misma de mi ser, sin empobrecerme absolutamente, definitivamente, de mi realidad, de su fuente?

Si esto es posible a otros temperamentos, yo sé por experiencia que no lo es para el mío.

Es perfectamente exacto que todas las veces que quiero escribir, *unpack my heart with words*, escribo primero en francés. Pero no lo hago por una elección deliberada —y aquí es donde se equivoca M. Daireaux—. Me veo obligada a ello por una necesidad interior. La elección ha tenido lugar en mí sin que mi voluntad pudiese intervenir. Mi voluntad, por el contrario, trata ahora a tal punto de corregir este estado de cosas que no he publicado nada en francés —excepción hecha de *De Francesca a Beatrice*—, y que vivo traduciéndome o haciéndome traducir por los demás continuamente.

Lo que más me interesa decir es principalmente aquí en mi tierra, donde tengo que decirlo, y en una lengua familiar a todos. Lo que escribo en francés no es francés, en cierto sentido, respecto al espíritu. Y sin embargo—he aquí el drama—, siento que nunca vendrán espontáneamente en mi ayuda las palabras españolas, precisamente cuando yo esté emocionada, precisamente

cuando las necesite. Quedaré siempre prisionera de otro idioma, quíeralo o no, porque ése es el lugar en que mi alma se ha aclimatado.

Esta circunstancia ha producido extraños efectos. Temo que si consiguiese arrancar de mi memoria todas las palabras francesas, arrancaría también, adheridas a ellas, las imágenes más queridas, más auténticas, más americanas que posee.

¿Qué le importa al niño que le dejen su álbum si le quitan sus calcomanías?

Las palabras francesas son las únicas que me gusta pegar sobre el papel porque son las únicas que, para mí, están llenas de imágenes.

Mientras yo estudiaba la gramática de Larive y Fleury, las ciencias de Paul Bert, la historia sagrada de Duruy, cuántos deseos, cuántas miradas se evadían por la ventana hacia nuestros campos, nuestro río, nuestras calles. Cuántas fábulas de La Fontaine mezcladas a los gritos de los mercachifles de "Botellas vacías" y de "resaca, tierra negra para las plantas". ¡Ah, esos vendedores ambulantes cuya libertad yo envidiaba! Me acuerdo de ciertas noches tibias en que leía a Poe, traducido por Baudelaire, a la luz de una vela, que me obligaban a apagar en el momento menos oportuno. "La caída de la casa Usher" ha quedado llena, para mí, de mugidos de vacas y de balidos de carneros. Un olor de alfalfa y trébol entraba por la ventana. Era la época de la esquila. Durante el día se veía en un galpón a los peones hundir sus tijeras en la lana espesa. Uno de ellos iba y venía entre los demás, llevando en la mano una lata llena de una oscura mixtura queapestaba a alquitrán. Le llamaban a la vez de todas partes: "¡Médico, médico!", y él pintaba con este líquido misterioso las heridas que las tijeras descuidadas y presurosas infligían a los animales. Esto me impresionaba mucho. Sentía piedad por los carneros, miedo a las tijeras y, sin embargo, el espectáculo me fascinaba. Únicamente el pensar que "El escarabajo de oro" o "El diablo en el campanario" me esperaban en casa podía romper el encanto.

Palabras francesas, entonces y siempre. Helas aquí confundidas con el olor del alquitrán, de la lana, y el ruido de las

tijeras, los gritos de los peones. Esas exclamaciones sólo las percibía como un género especial de mugidos. No eran las palabras con que se piensa. Y mi habla, mi español —la expresión verbal me fue siempre difícil— era, en otro plano, casi tan primitiva y salvaje.

Tardes de infancia, imborrables, en que, después de haber chapaleado en el barro, del que mis uñas guardaban las huellas, cargada de sol como un acumulador, corría a mis libros, ávida de volver a encontrar su atmósfera, en la que mi pensamiento se articulaba de pronto. Palabras, ¡queridas palabras francesas! Ellas me enseñaban que se puede escapar del silencio de otro modo que por el grito.

Estos recuerdos, otros más, muchos otros aún, toda mi vida pretérita, se me aparece como almacenada en palabras francesas. Tan es así, que el empleo del francés es, en mí, lo contrario de una actitud convencional.

Por otra parte, si bien es cierto que soy a ese respecto un caso ejemplar por su exageración y que las cosas han llegado en mí hasta el límite extremo (entre otras razones, sin duda, a causa de una introversión muy marcada), no creo ser una excepción. En mi medio y en mi generación las mujeres leían casi exclusivamente en francés. Recuerdo haber recibido y hecho, de niña, muchos regalos de libros; casi todos eran franceses, desde *La Princesse de Clèves* hasta Claudel. Alguien me hizo leer en aquellos años a Rubén Darío. Sus poesías me parecieron de un mal gusto intolerable: una parodia de Verlaine.

Agréguese a esto que nuestra sociedad era bastante indiferente a las cosas del espíritu, incluso bastante ignorante. Muchos de entre nosotros habíamos llegado, insensiblemente, a creer enormidades. Por ejemplo, que el español era un idioma impropio para expresar lo que no constituía el lado puramente material, práctico, de la vida; un idioma en que resultaba un poco ridículo expresarse con exactitud —esto es, matiz—. Cuanto más restringido era nuestro vocabulario, más a gusto nos sentíamos. Toda rebusca de expresión tenía una apariencia afectada. Emplear ciertas palabras, ciertos giros (que no eran, en realidad, otra cosa que gramaticalmente correctos), nos chocaba como

puede chocarnos un vestido de baile en un campo de deportes o una mano que toma la taza con el meñique en el aire.

Muchos de nosotros empleábamos el español como esos viajeros que quieren aprender ciertas palabras de la lengua del país por donde viajan, porque esas palabras les son útiles para sacarlos de apuros en el hotel, en la estación y en los comercios, pero no pasan de ahí.

Sin embargo, pese a las apariencias, no podíamos dejar de pensar, y para esto necesitábamos palabras. Educadas por institutrices francesas y habiéndonos nutrido de literatura francesa, buen número de entre nosotros iba naturalmente a tomar sus palabras de Francia. Pero las institutrices de nuestra infancia y las abundantes lecturas no justifican totalmente nuestro reflujo obstinado hacia el francés —al menos en la mayoría de los casos—. Aquí debe de haber algún complejo que favorezca tal fenómeno. La prueba está en que, en Europa, en los medios análogos al mío, es también frecuente que los niños sean educados por institutrices extranjeras y que lean de continuo idiomas extranjeros; y, sin embargo, lo que ha sucedido aquí no se produce sino excepcionalmente allá. En nuestro caso debemos tener en cuenta, por añadidura, una especie de desdén latente hacia lo que venía de España (no entro a examinar si ese desdén tenía alguna excusa o justificación). Además, debido a otro fenómeno, que sería curioso analizar, nos volvíamos al francés por repugnancia a la afectación. La penuria del español que aceptábamos nos la tornaba imposible. Rechazábamos su riqueza; rechazábamos esa riqueza como una cursilería. Nos disgustaba como una ostentación de lujo hecho de relumbrón y joyas falsas. El francés, por el contrario, era para nosotros la lengua en que podía expresarse todo sin parecer un advenedizo.

Imagino que el cincuenta por ciento de las cien palabras que componían nuestro vocabulario no figuraban siquiera en el diccionario de la Academia Española. Hacia mis quince años, ningún poder humano me habría hecho emplear los calificativos "bello" o "hermoso"; "lindo" me parecía el único término que no era pedante. Habría

enfermado si alguien me hubiera obligado a llamar "mecedora" a una "silla de hamaca". La estancia era, no podía ser, para mí, más que un océano de tierra donde soñaba todo el año en hundirme. Que se pudiese llamar estancia a un cuarto me sublevaba, me ofendía, como si se hubiese tratado de desfigurar, para apenarme, la fotografía de un ser querido. Y así todo lo demás.

Quizá convenga agregar que mi familia y las de aquellos que me rodeaban, aunque instaladas en América desde hace muchas generaciones, son casi exclusivamente de origen español.

A los veinte años yo era, en lo concerniente a España, de una ignorancia tan sólida y tan agresiva que algunos amigos, compadecidos, trataron de sacarme de ella. Se esforzaron por iniciarme en las delicias de la literatura castellana. Me dieron a leer *Doña Perfecta*, *Doña Luz*, *El sombrero de tres picos*... Apenas pude tragarlos. Mi convicción de que el español era un idioma *guindé* y aburrido aumentó. *Toute sonore encore* de los clásicos franceses permanecía sorda a los demás.

Sólo en 1916, cuando el primer viaje de Ortega, después de haber conversado largamente con él, advertí gradualmente mi tontería. Comenzaba a descubrir que todo podía decirse en lengua española sin por ello volverse automáticamente pesado, afectado, grandilocuente. Pero este descubrimiento llegaba demasiado tarde. Hacía ya mucho tiempo que era prisionera del francés.

La consecuencia que saco de mis reflexiones sobre este tema es que nada de esto habría ocurrido si yo no hubiera sido americana. Si yo no hubiera sido esencialmente americana yo no habría hablado un español empobrecido, impropio para expresar todo matiz, y no me habría negado al español de ultramar. Si yo no hubiera sido esencialmente americana, el francés no habría, quizás, llegado a ser el único refugio de mi pensamiento, y de haberlo sido, permanecería tranquilamente en él, en lugar de correr tras un español que ya no alcanzaré, ciertamente, y que si lo alcanzo no me será nunca dócil. Si no hubiese sido esencialmente americana, no me habría debatido en este drama, y este drama hubiera resultado una comedia.

Si no hubiese sido americana, en fin, no experimentaría tampoco, probablemente, esta sed de explicar, de explicarnos y de explicarme. En Europa, cuando una cosa se produce, diríase que está explicada de antemano. Cada acontecimiento nos hace la impresión de llevar, desde su nacimiento, un brazalete de identidad. Entra en un casillero. Aquí, por el contrario, cada cosa, cada acontecimiento, es sospechoso y sospechable de ser aquello de que no tiene traza. Necesitamos mirarlo de arriba abajo para tratar de identificarlo, y a veces, cuando intentamos aplicarle las explicaciones que casos análogos recibirían en Europa, comprobamos que no sirven.

Entonces, he nos aquí obligados a cerrar los ojos y a avanzar penosamente, a tientas, hacia nosotros mismos; a buscar en qué sentido pueden acomodarse las viejas explicaciones a los nuevos problemas. Vacilamos, tropezamos, nos engañamos, temblamos, pero seguimos obstinados. Aunque los resultados obtenidos fueran, por el momento, mediocres, ¿qué importa? Nuestro sufrimiento no lo es. Y esto es lo que cuenta. Es preciso que este sufrimiento sea tan fuerte que alguien sienta un día la urgencia de vencerlo explicándolo.

He dicho antes que yo no me tengo por escritora, que ignoro totalmente el oficio. Que soy un simple ser humano en busca de expresión. Y precisamente por este motivo nunca me libtaré de las palabras francesas.

Proust cuenta que buscó vanamente en un libro de Bergotte, leído antaño de un tirón, un día de invierno en que no pudo ver a Gilberte, las páginas que tanto le habían gustado. *Mais du volume lui-meme —agrega— la neige qui couvrait les Champs Elysées, le jour où je le lus, n'a pas été enlevée.*

Hay para mí en las palabras francesas, aparte de todo lo demás, un milagro análogo, de naturaleza subjetiva e incommunicable. Poco importa que el español me parezca hoy día una lengua admirable, resplandeciente y concisa. Poco importa que, presa de arrepentimiento, me esfuerce en restituirle mi alma.

Del francés *la neige ne sera jamais enlevée.*

Buenos Aires, agosto de 1931.

Aparecido originalmente en *Testimonios Primera Serie*, (1935). Reproducido en Fryda Schultz de Mantovani, *Victoria Ocampo* (2ª edición). Buenos Aires, ECA, 1979, pp. 69-75.



27 de noviembre de 1968 (de izquierda a derecha) Jorge Luis Borges, Dr. Rodríguez Galán, V.O. y embajador de Francia. Recibe junto a Borges la condecoración de la Orden de las Artes y las Letras de Francia.